

La Revolución de la desobediencia

MANUEL E. YEPE

EL TRIUNFO de la Revolución en Cuba en 1959 significó el primer caso de acto sostenido de desobediencia al imperio que haya logrado resistir exitosamente las represalias de este. Ello revela —la falta de cualquier otra explicación o teoría razonable— la razón de la agresividad, intensidad y persistencia en el tiempo de la política de Estados Unidos contra este pequeño archipiélago del Caribe.

Cuba ha logrado resistir cualquier cantidad de agresiones del gobierno estadounidense: invasiones con mercenarios como la de Bahía de Cochinos, actos terroristas contra aviones de pasajeros, buques mercantes, hospitales, escuelas, hoteles y otras áreas de población civil, así como más de 600 atentados contra Fidel Castro y otros líderes de la Revolución y el más largo bloqueo económico, financiero y comercial que haya sufrido una nación en la historia. Todo ello junto a una sostenida campaña difamatoria en los medios corporativos estadounidenses y de todo el mundo.

El triunfo de los cubanos sobre la tiranía de Batista por medio de la lucha armada popular impulsó a patriotas de muchos países del continente a asumir ese camino en aras de la liberación de sus países del yugo extranjero.

Pero, bajo la batuta de Estados Unidos y con asesoramiento de expertos militares de la superpotencia, las tiranías militares de Latinoamérica reprimieron cruelmente ese accionar inspirado por la victoria de los cubanos. Torturaron, asesinaron y desaparecieron en las décadas de los años sesenta y setenta del pasado siglo a decenas de miles de jóvenes revolucionarios, o sospechosos de serlo, sin juicio previo.

La Operación Cóndor, el más desmedido



La creación de la CELAC ha sido el momento culminante de un proceso que podría llamarse “la revolución hemisférica de la desobediencia”. FOTO: AP

operativo de las dictaduras latinoamericanas en esos años, fue diseñado e impulsado por la CIA en su carácter de organización clandestina global para practicar el terrorismo de Estado contra los movimientos populares latinoamericanos. Fue un plan de inteligencia y coordinación entre los servicios de seguridad de los regímenes militares en Argentina, Chile, Brasil, Paraguay, Uruguay y Bolivia, pero sus efectos criminales se hicieron sentir en todos los países de la región.

Paradójicamente el papel de las fuerzas armadas en la represión popular en función de los intereses de las oligarquías, estimuló no pocas actitudes dignas en los cuarteles por oficiales y soldados que promovieron en las filas militares ideas patrióticas revolucionarias en aras de revertir la indignante situación.

Luego vendría un periodo en el que estas

dictaduras militares al servicio del imperio, desprestigiadas en su gestión de gobierno, debieron ceder espacios a procesos de la llamada “democracia representativa” con la pretensión de que los partidos oligárquicos tradicionales recuperaran sus anteriores posiciones de control y subordinación a Washington para continuar implementando el esquema de globalización neoliberal que habían iniciado en el continente por medio de las tiranías.

Las luchas callejeras y las contiendas electorales que vinieron con el repliegue de los militares a los cuarteles sirvieron de marco para que los pueblos impusieran la fuerza de su número por sobre las fortunas de las oligarquías.

La desobediencia ante los dictados de Estados Unidos, que Cuba no dejó de practicar ni un solo segundo desde 1959 como afirmación de su independencia, se vio esti-

mulada por la Revolución Sandinista y más tarde por los éxitos de la Revolución Bolivariana que, a su vez, fertilizaron el terreno para una proliferación que hoy abarca a la mayoría de las naciones latinoamericanas y caribeñas.

Con las motivaciones para el enfrentamiento al imperialismo siempre vigentes y la Revolución cubana firmemente demostrando la factibilidad de romper el mecanismo del fatalismo geopolítico de sometimiento a Estados Unidos, en Venezuela el joven comandante Hugo Chávez, inspirado en los ideales libertarios e integracionistas de Bolívar —tras fracasar en un levantamiento armado— adoptó la estrategia política que las circunstancias demandaban y, con un programa de gobierno de alto contenido social, triunfó en tres sucesivos comicios presidenciales posteriores.

La llegada al poder en los años iniciales del siglo XXI de varios gobernantes populares, partidarios de la autodeterminación de sus países y de la integración regional como recurso fundamental para hacerla viable, determinó el surgimiento de diversos proyectos integracionistas que desembocaron en la creación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) como nueva organización hemisférica, excluyente de Estados Unidos y Canadá, y como alternativa para la Organización de Estados Americanos (OEA), dominada por Estados Unidos.

Ha sido este el momento culminante de un proceso que podría llamarse “la revolución hemisférica de la desobediencia”.

Para llegar a él ha habido que recurrir a variados métodos de lucha pero el objetivo final sigue siendo el de lograr una América Latina verdaderamente democrática, independiente, con identidad regional propia y el máximo de justicia social.

Rusia y Georgia: una paz necesaria

ALIANA NIEVES QUESADA

FORMARON PARTE de una misma nación. Se separaron luego con diferencias tan irreconciliables que incluso llegaron a la confrontación armada. Ahora Georgia y Rusia intentan mirarse cara a cara y superar la historia reciente plagada de tensión.

La inclinación a Occidente del presidente georgiano Mijaíl Saakashvili, su coqueteo con la OTAN y su manifiesta aversión hacia el vecino mayor, se han yuxtapuesto al reconocimiento por parte de Rusia de las regiones separatistas de Abjasia y Osetia del Sur, y todo junto ha conformado un escenario explosivo cuyas llamas ahora tratan de apaciguar el recién electo primer ministro georgiano, Bidzina Ivanishvili, y sus contrapartes del Kremlin.

Nada más creado, el nuevo gobierno de la nación caucásica, formado por la coalición Sueño Georgiano, declaró como una de sus prioridades la normalización del trato diplomático con Rusia, roto desde el 2008, tras la guerra que involucró a ambas naciones durante cuatro días.

Ivanishvili, quien lidera el Ejecutivo georgiano con una visión distinta a la del presidente Saakashvili, ha afirmado que existen “crecientes esperanzas” de estabilizar las relaciones con Moscú, aunque ha reconocido que será un proceso lento en el cual su país actuará con cautela.

Algo que no le ha sentado nada bien a Saakashvili, su principal opositor, quien desde su sillón en el Palacio Presidencial culpa al gobierno de alejarse de Occidente en aras de materializar el acercamiento hacia Rusia.

Mientras, las autoridades georgianas adoptan medidas que permitan, al menos, poner en marcha el intercambio económico entre las dos naciones. El pasado 4 de febrero una delegación del Ministerio de Agricultura georgiano sostuvo conversaciones en Moscú donde analizaron las posibilidades de restablecer la exportación de vino georgiano a Rusia.

Según Ivanishvili, Tiflis recibe “impulsos positivos” desde Rusia, que ha declarado su disposición de levantar la prohibición a las importaciones de agua mineral y vinos georgianos, una vez que reciban la correspondiente certificación.

Estas acciones cuentan con el respaldo de la mayoría de la población. Según el representante plenipotenciario del Gobierno georgiano para los asuntos relativos a Rusia, Zurab Abashidze, más del 80 % de los encuestados apoya el proceso que incluye la salida paulatina del atolladero en que se encuentran las relaciones entre ambas naciones.

Tanto es así, que recientemente se dio a conocer que en la ciudad georgiana de Gori, donde nació Joseph Stalin, se decidió volver a erigir una estatua del antiguo líder soviético, que el Gobierno de Saakashvili derribó tres años atrás.

Pero a pesar de los intentos de reconciliación histórica, Ivanishvili ha subrayado que Georgia mantiene su política de integración en el espacio europeo y en las estructuras euroatlánticas. “Esa es la opción histórica que ha elegido el pueblo de Georgia”, ha comentado el jefe del Gobierno georgiano, sin reparar en la desestabilización regional que ello ocasionó anteriormente.

De hecho Rusia manifestó recientemente su preocupa-



El nuevo primer ministro georgiano, Bidzina Ivanishvili, defiende una mejoría de las relaciones con Rusia. FOTO: PRESSTV

ción por las maniobras militares conjuntas que Georgia y Estados Unidos realizan estos días en el territorio del país caucásico.

“Esas actividades anuales que nuestros socios estadounidenses explican como ‘preparación para una operación en Afganistán’, de hecho nos provocan inquietud”, afirmó el portavoz del Ministerio ruso de Asuntos Exteriores, Alexander Lukashévich. El funcionario agregó que cualquier colaboración militar de Georgia con países extranjeros “dificulta las perspectivas del fortalecimiento de la paz y estabilidad en la región”.

Paso a paso, Georgia y Rusia intentan dejar de darse la espalda. Aceptar sus diferencias y reconocer lo provechoso que puede ser para ambos volver a hablar el mismo lenguaje. Podría ser el comienzo de una necesaria amistad.